El Ciego Farsante

Wu Jianren

Sobre esta edición

Obra original: *Xiāpiàn Qíwén (瞎騙奇聞)* –**Autor**: Wu Jianren (吳趼人), 1908.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en chino mandarín está en dominio público en todo el mundo
Texto en chino mandarín tomado de Wikisorce.
La portada ha sido realizada parcialmente mediante inteligencia artificial.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

CAPITULO 1

Los chinos tenemos un refrán: “Los pobres consultan a los adivinos; los ricos queman incienso”. Estas dos frases describen a la perfección las costumbres populares. Se ve a los ricos —quienes saben que su suerte es superior a la de los demás— viviendo día tras día entre la comodidad y el ocio, como si no tuvieran preocupación alguna. Sin embargo, temen que a su fortuna le falte algo: unos temen no vivir lo suficiente; otros, no tener descendencia; y otros, caer enfermos. Con tales inquietudes en el corazón, nunca están satisfechos. Así, además de comer y vestir bien, no tienen más ocupación que ir a quemar incienso en un templo al este y hacer promesas en otro al oeste. Esperan que los dioses, al recibir sus ofrendas, actúen como los jueces de este mundo cuando aceptan sobornos: que los favorezcan y bendigan para que todo les resulte favorable. Al observar este ajetreo desde fuera, uno no puede sino encontrarlo ridículo; pero ellos lo hacen con gran regocijo. Por eso, la mayor parte del dinero de los ricos termina en manos de los monjes. ¿Acaso los pobres, que apenas subsisten, tienen dinero de sobra para dárselo a ellos?

En cuanto a los pobres, su principal desvelo es el alimento y el vestido. Cuando las cosas se ponen realmente difíciles, culpan al destino: “Los demás tienen buena suerte porque la merecieron en vidas pasadas; yo simplemente no nací con ella”. No obstante, persiste la sensación de que, cuando la desgracia toca fondo, la fortuna debe llegar; cuando la pobreza es extrema, se anhela un cambio. No tienen más opción que buscar a un adivino ciego y entregarle su fecha y hora de nacimiento para que él, basándose en los cinco elementos, calcule cuándo llegará la buena racha y cuándo terminará la mala. Cada adivino dice algo distinto. A veces aciertan una o dos veces, pero no es más que lo que decía el sabio Confucio: “Si hablas mucho, alguna vez acertarás”. No tiene nada de extraordinario. Sin embargo, aquellos a quienes les atinan los adoran como a seres divinos. Si aciertan varias veces seguidas, el vidente se vuelve famoso: la voz corre de diez en diez, de cien en cien, hasta que lo alaban como a un “semiinmortal”. El adivino, aprovechando la situación, sube sus precios. Así, el dinero de los pobres también termina, en su mayoría, en manos de estos ciegos.

Dejemos de lado estas divagaciones. Hablemos ahora de dos casos: un

campesino rico que creyó ciegamente en las palabras de los adivinos y terminó en la absoluta ruina; y un pobre que hizo lo mismo y acabó perdiéndolo todo. Como se ve, lo que dicen estos ciegos son puras patrañas en las que no se debe creer bajo ningún concepto.

Se cuenta que, a las afueras de la puerta este del distrito de Licheng, en la prefectura de Jinan, provincia de Shandong, vivía un campesino rico de apellido Zhao, nombre de pila Zechang y nombre de cortesía Bokong. Sus antepasados habían sido comerciantes de telas, pero tras desenterrar un tesoro y gracias a su agudeza para los negocios, la fortuna familiar prosperó. Cuando el patrimonio llegó a manos de Zechang, ya poseía tierras que se extendían por todo el campo y rebaños de bueyes y caballos. Vivía con holgura. Zechang también abrió en la ciudad una joyería llamada “Tesoro del Cielo” y puso al frente a un administrador de absoluta confianza, mientras él se dedicaba a disfrutar de la vida en su hogar.

Comía bien, vestía bien y no tenía preocupaciones. Como dice el refrán: “El cielo es deficiente en el noroeste; la tierra, en el sureste”. Si incluso los cielos y la tierra tienen sus imperfecciones, ¡cuánto más los seres humanos! Aunque Zhao Zechang lo tenía casi todo, le faltaba una cosa: a sus cincuenta años, aún no tenía hijos. Su esposa, la señora Qian, llevaba treinta y dos años casada con él y nunca había dado a luz. Con la edad, el deseo de tener un hijo se intensificaba cada día. Cada primer y decimoquinto día del mes lunar, se levantaba al amanecer, se aseaba, tomaba su bolsa de dinero y, acompañado de sus sirvientes, recorría todos los templos para quemar incienso. No faltaba a ninguna celebración religiosa en Licheng. Cuando topaba con monjes corruptos, estos le sacaban el dinero de mil formas. En los últimos años había gastado una suma considerable, pero al ser tan rico, nunca se detenía a sacar cuentas.

Ese día, Zechang cumplía cincuenta años. Tras comer los fideos de la longevidad y despedir a los invitados, regresó a su habitación suspirando sin cesar. Al oírlo, la señora Qian le preguntó qué le ocurría. Zechang confesó su angustia por la falta de un heredero. Ella le respondió:
—He oído que tener hijos está determinado por el destino y que todo llega a su tiempo. Ayer, la vecina Sun mencionó que, en el callejón Lijia, vive un tal señor Zhou que lee el destino con gran precisión. Dicen que es muy certero y no se equivoca nunca. ¿Por qué no mandamos a alguien a buscarlo para ver qué nos dice?

Zhao Zechang estuvo de acuerdo de inmediato y envió a un sirviente. Al poco tiempo, el hombre regresó diciendo que la casa del señor Zhou estaba tan abarrotada que no pudo entrar. El adivino no tenía tiempo disponible, así que sugirió que enviaran un carruaje por él al anochecer.

Al caer la noche, el señor Zhou llegó en el carruaje, acompañado de un asistente con una linterna de alambre. El sirviente lo ayudó a bajar y lo condujo al interior. Zhao Zechang salió a recibirlo llamándolo "señor Zhou". Este, en vez de contestar, le preguntó al criado:
—¿Es este el amo de la casa?
—Así es —respondió el sirviente.
El señor Zhou esbozó una sonrisa y saludó a Zhao Zechang llamándolo "patrón Zhao". Zechang lo hizo pasar y le ofreció el asiento de honor.

Tras los saludos de rigor, Zechang le habló de su deseo de tener un hijo y le dio su fecha y hora de nacimiento. El señor Zhou, tras realizar sus cálculos, se enderezó y dijo con solemnidad:
—Su carta astral tiene como elemento principal el agua (gui). En las ramas terrestres hay elementos de riqueza, lo que indica que sus ingresos son abundantes. En las ramas celestiales hay metal (xin), que nutre al agua; esto revela una personalidad fuerte y que usted goza de la bendición de sus antepasados. En el tiempo hay tierra (wei), que representa a los hijos. Este elemento es demasiado fuerte, lo que normalmente indicaría falta de descendencia; sin embargo, en su carta hay dos elementos madera (yi mao) que controlan la tierra. Esto significa que el elemento de los hijos podrá ser regulado y que, por lo tanto, tendrá un hijo. Ahora tiene cincuenta años y atraviesa un ciclo de riqueza. El dieciocho de septiembre cambiará a un ciclo de poder y entonces tendrá un hijo. Además, su heredero será muy rico y poderoso, alcanzará gran fama y superará a su padre. Su expectativa de vida es de noventa y seis años, y disfrutará de la fortuna de su hijo.

Al oír esto, Zhao Zechang se sintió inmensamente feliz. Aun así, preguntó:
—Señor Zhou, le pregunto por las desgracias, no por las bendiciones. Si realmente no voy a tener descendencia, por favor no me engañe; así podré buscar otra solución.
—¡Qué disparate! —respondió el señor Zhou—. Yo me baso en el destino; nunca adulo a nadie. Si usted hubiera tenido un hijo antes de los cincuenta, no habría sobrevivido. Es mejor tenerlo ahora, en su vejez. Así lo dicta el destino y así se lo digo.

Zechang no cabía en sí de alegría. También pidió que calculara el destino de su esposa. El señor Zhou afirmó que ella también tendría un hijo al año siguiente. La señora Qian intervino:
—Yo también tengo cincuenta años. ¿Cómo podría tener un hijo a esta edad? ¿No serán infundadas sus palabras?
—En este mundo no se puede aplicar una lógica rígida —replicó el señor Zhou—. El sabio Laozi pasó ochenta y un años en el vientre materno. Si sacamos la cuenta, aunque su madre lo hubiera concebido a los dieciséis, tendría noventa y siete al dar a luz. Si una mujer de esa edad puede tener un hijo, ¿por qué no usted a los cincuenta? Está escrito en su destino.

Entusiasmada, la señora Qian pagó la consulta y ordenó que llevaran al señor Zhou de vuelta. Al despedirse, añadió:
—Si sus predicciones se cumplen, le mandaremos hacer una placa conmemorativa.
El señor Zhou asintió repetidamente: —Claro que sí, así será.

Desde entonces, el matrimonio esperó con ansias. Pasaron los meses sin novedades y Zechang empezó a considerar tomar una concubina. La señora Qian, celosa, armó un escándalo tremendo. Durante días no le habló a su marido, pero, inquieta, tramó un plan. Tras el año nuevo, comenzó a usar un vientre falso, fingiendo un embarazo.

En secreto, le encargó a la vecina, la señora Wang, que buscara a un niño de una familia pobre o de origen ilegítimo. Para julio, la mujer ya lo había encontrado. La señora Qian, con solo seis meses de supuesto embarazo, fingió que se le adelantaba el parto. Sobornó a las criadas para que dijeran que estaba encinta desde el año anterior y se aseguró de que Zechang estuviera fuera de casa. La señora Wang introdujo al bebé por la puerta trasera. Cuando Zechang regresó, ya lo esperaban con la "buena noticia".

Inundado de alegría, entró corriendo a la casa. La señora Qian yacía en la cama y a su lado dormía un niño robusto y sano. Zechang, fuera de sí de la felicidad, consoló a su esposa y salió a buscar a su administrador jefe, un tal Wei Ziqing, que llevaba las cuentas de la joyería “Tesoro del Cielo”.

CAPITULO 2

El señor Zhou le pidió a Hong Shiren que expusiera el asunto que deseaba consultar. Este dudó un momento antes de decir:
—Se trata de un primo mío que vive en la ciudad. Tiene un hermano mayor en Shanghái a quien le va muy bien con una tienda de telas; ahora él planea reunirse con su hermano. Ha comprado muchas mercancías y piensa llevarlas al extranjero por mar, pero no sabe leer ni escribir. Me ha pedido que lo acompañe con el acuerdo de que, si hay ganancias, se repartirán al veinte por ciento. Yo sería su contable y me pagaría unos cientos de monedas de plata para mantener a mi familia. ¿No cree que es una excelente oportunidad? Siento que cada día estoy peor, gastando sin generar ingresos; es como una montaña que se desmorona: cuando caiga, ¿qué será de mí? Por eso pienso aceptar. Lo que más temo es el viaje por mar; por eso vine a buscarlo, para que me ayude a decidir si me conviene ir o no.

El señor Zhou escuchó, chasqueó la lengua y sentenció:
—Esto no es algo que yo pueda decidir por usted. Va en busca de fortuna, pero en su carta astral no se prevé tal riqueza. El año entrante será normal, y en el mar podría haber peligros y sobresaltos. Usted decide. Si le recomiendo ir, su destino no favorece los viajes; si le digo que no vaya, usted no dejará de pensar en ese veinte por ciento. Además, Shanghái queda lejos. Llevar mercancías a larga distancia hace que las ganancias sean inciertas. He oído que allá la vida es puro jolgorio y hay gente que vive de hacer negocios sin invertir un centavo; se le acercarán y no pararán hasta sacarle todo el dinero. También hay quienes idean formas de perjudicarlo, incluso de meterlo en una cárcel extranjera. De hecho, la estrella del próximo año indica peligro de prisión. Es difícil asegurarlo. Si va, todo podría salir de maravilla, pero ya le advertí que su destino no es favorable hacia el sur. Si se queda, aunque surjan problemas, serán disputas menores. Usted quiere hacer fortuna, ¿cómo voy a detenerlo? Pero no quiero que, cuando llegue el momento, recuerde mis palabras y ya sea tarde.

Hong Shiren, al oír esto, se quedó aún más indeciso; toda su ilusión se había esfumado. Tras un largo silencio, logró articular:
—Ir o no ir es algo que aún no decido. Ya hablaremos luego. Pero dígame: eso de que haré fortuna, ¿para qué año será?

—No se puede saber con exactitud —respondió el señor Zhou—. ¿No le

hablé ya de su carta astral? Calculo que faltan algunos años. El año jiawu será su año de riqueza directa. Además, coincide con la combinación de fuego de su carta, que alcanzará su punto máximo en primavera y verano. En el tercer mes, la estrella Ziwei y la virtud del dragón iluminarán su camino. Si no hay estrellas que estropeen la combinación, no habrá error. Pero si alguna estrella maléfica se interpone, podría retrasarse un año o dos. Llegado ese momento, usted gozará de prosperidad y comprenderá que las predicciones de este ciego Zhou no fallan; entonces tendrá mucho que agradecérme.

Hong Shiren preguntó:
—Usted dice que primero debo perderlo todo para poder hacer fortuna. Y ahora dice que en el año jiawu me irá bien. ¿Significa que en estos años tendré que perder lo que me queda?
—Eso no se puede asegurar —replicó el vidente—. En resumen, el Cielo lo tiene dispuesto: ni un día antes ni un día después. Usted puede tener prisa, ¡pero el Cielo no!

—Según eso —dijo Hong Shiren—, yo tuve la suerte de encontrarlo y ahora lo sé. Pero los que no consultan a los adivinos, ¿se lanzan a ciegas?
—Ahí está el detalle —respondió el señor Zhou—, eso es el destino. Usted tiene este destino y por eso me encontró para que se lo advirtiera. Los que no vienen y se lanzan a ciegas es porque su suerte así lo dispuso: no toparse con quien les aclare el camino. Le aconsejo que no lo piense tanto y espere con paciencia. Ya he hablado demasiado y la comida se enfrió. Mejor cambiemos la copa y bebamos algo caliente.

En ese momento, el asistente sirvió más vino. Zhao Zechang, algo mareado por la bebida, se levantó para despedirse. Acordaron cuándo iría el ciego a su casa para calcular los "obstáculos" del niño. Hong Shiren también salió tras él. El señor Zhou, apoyándose en las paredes, los acompañó hasta la puerta.

Zhao Zechang regresó a casa muy contento. Como dice el refrán: “Quien tiene un hijo lo tiene todo”. De su gran patrimonio no le faltaba nada más que ese heredero. Ahora que lo tenía, estaba más que satisfecho. Además, el señor Zhou vaticinó que el niño tendría un gran futuro —“ni con mil monedas de oro se paga el momento de nacer”— y que sería rico y noble. Cuanto más lo pensaba, más se ilusionaba. Sentado en el carruaje, no podía evitar gesticular de alegría. El conductor, alarmado, le dijo:

—Siéntese bien, patrón. Si se cae, no será cosa de risa. El carruaje no aguanta tanto movimiento. Seguro bebió de más y se está quedando dormido.
Al oírlo, Zhao recuperó la compostura y disimuló:
—Sí, bebí demasiado y me siento mareado.

Al llegar a casa, corrió a ver a su hijo y a la señora Qian. Charlaron un rato y él mencionó que debían ponerle nombre al niño. La señora Qian sugirió:
—Mejor esperemos a que venga el señor Zhou para que, según los cinco elementos, decidamos qué nombre usar.
—Ya quedé con él —respondió Zhao Zechang—. Vendrá en dos o tres días.
Luego le contó lo que Hong Shiren había consultado. Ella comentó:
—Qué extraño. ¿Qué clase de destino es ese? Si no fuera por el señor Zhou, ¡nadie lo habría descubierto!

Pasaron varios días e invitaron de nuevo al señor Zhou por la noche. Prepararon opio y, tras la cena, enviaron el carruaje por él. Zhao Zechang, más cordial que nunca, lo hizo pasar a la habitación interior. Tras fumar un poco, le dio la fecha y hora de nacimiento del niño.

El señor Zhou cerró sus ojos ciegos y murmuró un rato, moviendo los pulgares sobre la palma de la mano para calcular las ramas terrestres. Recitó las fases de la vida hasta que, finalmente, sentenció en voz alta:
—La carta astral de su hijo es excelente; combina poder e influencia. Alcanzará fama y gloria. A los dieciséis años entrará en la escuela oficial y, antes de los veinte, aprobará los exámenes imperiales para entrar en la Academia Hanlin. De ahí en adelante, su racha de fortuna lo llevará a los más altos cargos. Lo más notable es que no hay signos de fracaso; los peligros son solo los "obstáculos" infantiles. Tiene el obstáculo de los Cuatro Pilares y el de la Flecha del General. El primero se evita simplemente con no salir de casa ni montar en silla de manos. En cuanto a la Flecha del General, hay dos: una hasta los tres años y otra hasta los seis. Pasados los seis años, echará raíces y no habrá más problemas.

La señora Qian preguntó preocupada:
—¿Esa flecha no es peligrosa?
—No es grave —tranquilizó el señor Zhou—. Lo peor sería que hubiera flecha y arco, eso sí sería fatal. En este caso, hay flecha pero no arco; es como tener un proyectil sin arma: no se puede disparar. Sin embargo, sigue siendo un influjo negativo. Si están dispuestos a invertir en un ritual de

purificación, todo se arreglará. Como dice el refrán: “El dinero que se va trae la tranquilidad”. Con este ritual evitarán problemas para ustedes y sufrimientos para el niño. Ustedes deciden; yo solo doy mi opinión.

El matrimonio preguntó al unísono:
—¿Cómo se realiza ese ritual?
—Conozco el método —dijo el señor Zhou—, pero no lo hago a la ligera. Me da pereza. Además, no permito que nadie mire, porque no quiero que piensen que cobro sin trabajar. Si quieren hacerlo, busquen a otro.

Zhao Zechang se apresuró a decir:
—Señor Zhou, no sea tan susceptible. Con nuestra amistad, ¿cómo dudaríamos de usted? Aunque le regalara decenas de mil monedas, sería lo más normal.
El señor Zhou se mostró ofendido:
—Eso es todavía peor. Si me regalara dinero sin motivo, no lo aceptaría. No crea que porque tengo un negocio y gano dinero a diario, este no es fruto de mi esfuerzo. Lo que gano con mi trabajo lo gasto con paz; pero el dinero mal habido, aunque fueran cientos de miles, no me interesa.

Zhao Zechang se disculpó de inmediato:
—Era una broma, no se enoje. Hablo en serio: le encargo el ritual. Dígame cuánto necesita y se lo enviaré. Además, falta el nombre del niño; como no sé qué elemento necesita su carta, también se lo encargo a usted.

—Eso es fácil —respondió el vidente—. A su carta le falta madera. El nombre debe inclinarse hacia ese elemento. Propongo llamarlo Guisen: gui de osmanthus, y sen, que se escribe con tres árboles. ¿Qué le parece?
—Muy bien —asintió Zhao.
—Es muy bonito —corroboró la señora Qian—. No sé leer, pero suena muy bien. De ahora en adelante será Guisen.

Al día siguiente, el señor Zhou envió una lista con los materiales: incienso, objetos de adorno, montañas de arroz y harina, y veintiocho dioses de papel. Zhao Zechang entregó un puñado de monedas de plata al mensajero, prometiendo más si hacía falta.

Deseando ver el progreso, Zhao Zechang decidió visitar al adivino. De camino, conversó con el mensajero y elogió la precisión del señor Zhou. El mensajero solo sonreía.

—¿Usted se ha calculado el destino? —preguntó Zhao.
—No —respondió el joven.
—¿Por qué no?
—Eso es cosa de fe —replicó el mensajero—. Quien cree, le funciona; quien no, no. Yo no creo mucho.
—¿Cómo es posible que no crea con lo certero que es él? —exclamó Zhao —. ¡Sus predicciones son exactas!
El joven volvió a sonreír y guardó silencio.

Al llegar, la casa estaba en absoluta calma. El señor Zhou salió a recibirlo.
—Qué raro que esté tan tranquilo —comentó Zhao.
—Estaba durmiendo la siesta —mintió el ciego—, tuve que despachar a todos. Estoy agotado de atender a tanta gente.

Hablaron de la fecha del ritual. El señor Zhou le entregó un papel con los días elegidos: el 29 y el 30. Advirtió que otras fechas cercanas traerían desgracias terribles, como la muerte de descendientes o ruina familiar. Zhao, asustado, agradeció la precaución.
—Antes de que monte el altar —añadió el señor Zhou—, usted debe ir al templo de la ciudad y quemar incienso ante todos: desde el dios de la ciudad hasta los jueces, los diez reyes del infierno y hasta los sirvientes de la puerta. Debe postrarse ante todos. Luego vendrá a mi altar y comerá aquí comida vegetariana. ¿Le parece?
—Perfecto —aceptó Zhao—. Quedamos para el día 29.

Cuando Zhao se retiró, el asistente del adivino entró preocupado:
—Señor, hace días que no entra dinero. El arroz se acabó y llevamos dos días comiendo solo sopa de col. Mi boca ya no tiene sabor; su familia está pasando necesidad.
—No entiendes —respondió el señor Zhou—. Nuestro oficio es así: “Diez días en la orilla, un día por nueve regiones”. Con un solo buen cliente tenemos para comer bien varios meses.
Sacó un poco de la plata de Zhao y se la dio:
—Ve a comprar arroz, verduras y un par de kilos de carne. Esta noche comeremos como es debido.

Llegó el día 29. Zhao Zechang se vistió con sus mejores ropas y fue al templo. Cumplió con el ritual rigurosamente: se arrodilló ante cada figura, sumando más de ciento cincuenta reverencias. A sus cincuenta años, las piernas ya no le respondían. Exhausto, llegó a casa del señor Zhou.

—Estoy viejo —jadeó Zhao al sentarse—, las reverencias en los templos me han dejado acabado.
—Ha hecho un gran esfuerzo —dijo el ciego—, pero aquí solo tendrá que postrarse una vez.

Pasaron a la sala principal. Había mesas llenas de ofrendas, montañas de arroz y harina, y las tablillas de los veintiocho dioses. Zhao se arrodilló, empapado en sudor, mientras el señor Zhou murmuraba rezos y trazaba talismanes en papel amarillo.
—Patrón Zhao, enhorabuena —dijo el vidente al terminar—. Su hijo vivirá cien años sin enfermedades. Ponga estos talismanes en bolsas rojas y cuélgueselos al niño al pecho y a la espalda. Todo irá sobre ruedas.

Zhao, que apenas podía mantenerse en pie, agradeció y se despidió. El sirviente ya tenía el carruaje listo en la puerta. Al llegar a su casa, lo ayudaron a bajar. En cuanto tocó la cama, soltó un quejido y perdió el conocimiento.

CAPITULO 3

Cuando Zhao Zechang llegó a casa, se desplomó en la cama y comenzó a gritar sin control. Alarmada, la señora Qian corrió a calentar agua y le dio a beber una infusión de jengibre. Zhao abrió los ojos y dijo:
—No se alarmen. Solo estoy exhausto; no es nada grave, no se preocupen.

Pero la señora Qian no se quedó tranquila. Envió a un criado a casa del señor Zhou para informarle de lo sucedido. Poco después, el mensajero regresó con dos platos: uno con arroz y otro con harina —eran las "cimas" de las montañas de granos del altar—. Traía el recado de que debían colocarse en el altar familiar o frente a la cocina. También recordó que los dos talismanes debían llevarse siempre puestos, sin falta, hasta que el niño cumpliera seis años, para garantizar su salud en cualquier estación.

En cuanto al mal del patrón, el vidente explicó que, aunque había cansancio, también existía una causa espiritual: el enfermo había contraído un mal aire del sureste. Eran los espíritus de la tierra y los antepasados quienes causaban el dolor de cabeza, los escalofríos y la falta de apetito. Según él, el espíritu estaba "sentado" sobre un objeto en el suroeste. Para curarlo, debían quemar setenta y un trozos de papel moneda y lanzarlos a treinta pasos hacia el sureste.

La señora Qian ordenó hacerlo de inmediato. A la mañana siguiente, Zhao Zechang —quien en realidad solo necesitaba dormir— despertó lleno de energía. A partir de entonces, el matrimonio creyó en el señor Zhou más que en nadie. Cada vez que alguien en la casa se enfermaba, en lugar de llamar a un médico, acudían al adivino por una receta o un ritual para ahuyentar espíritus. Curiosamente, siempre sanaban, lo que estrechó la amistad entre ambos hombres al punto de que Zhao lo visitaba casi a diario solo para charlar.

Un día, mientras Zhao estaba con el vidente, entró de pronto Hong Shiren, empapado en sudor y gritando:
—¡Señor Zhou! ¿Dónde está el señor Zhou?
—¿Qué sucede? —preguntó este.
—¡Estoy furioso! ¡Me han dejado sin aliento! —exclamó Hong, dejándose caer en una silla con una expresión de desesperación penosa. Vestía una camisa de dril y unas zapatillas gastadas que dejaban ver los talones.

Zhao Zechang, al verlo en tal facha, ni siquiera lo saludó. Solo lo oyó maldecir:
—¡Qué mala suerte, carajo! Esa gentuza sin alma... no sé cómo van a terminar sus días.
El señor Zhou, con gesto serio, le espetó:
—Pero ¿qué te pasa? Vas a matarme de la impaciencia. ¡Habla de una vez!

Hong Shiren relató que, acosado por la falta de dinero, decidió vender su única propiedad. Un corredor le consiguió un comprador, un tal Zhu, por quinientas mil monedas de plata. Tras firmar el contrato y recibir un adelanto, Hong usó el dinero para recuperar ropa del empeño y reparar una vieja casa al este para mudarse. Sin embargo, al ir a cobrar el resto, el comprador y el intermediario afirmaron con descaro que ya le habían pagado casi todo y que solo le debían veinte mil.
—¡Cambiaron el contrato por uno falso! —gritó Hong—. Y cuando reclamé, me acusaron de estafador y casi me golpean. ¡Voy a ponerles una demanda ahora mismo! Écheme las cartas, señor Zhou, a ver si recupero mi casa, porque ahora no tengo nada y encima me tachan de ladrón. ¡Siento que voy a reventar de la rabia!

Zhao Zechang, indignado, intervino:
—Ese tal Zhu... ¿es el que tiene la tienda de abarrotes frente al templo Dongyue?
—Ese mismo —respondió Hong—. ¿Cómo está, patrón Zhao? Perdone, estaba tan ciego de ira que no lo vi al entrar.
—No te preocupes —dijo Zhao—. Ese tipo no es trigo limpio.

En ese momento, el señor Zhou exclamó:
—¡Felicidades, viejo Hong!
Los otros dos se quedaron pasmados. Hong Shiren, ofendido, replicó:
—¿Pero usted es gente o qué? Estoy viviendo una tragedia y se burla de mí.
—¿Quién se burla? —respondió el ciego con severidad—. Hablo muy en serio. Estás a punto de hacer fortuna. Es una oportunidad de oro y tú todavía te enojas.

Hong se enfureció más:
—¿Oportunidad de fortuna? ¡Oportunidad de irme al ataúd! ¿Por qué te burlas de mí? ¿Acaso estás borracho?
Zhao Zechang también intentó calmar los ánimos:

—Señor Zhou, no sea así con él. Échele las cartas de una vez.

—Escúchenme bien —dijo el vidente—. Tu destino, viejo Hong, dicta que debes quedarte sin nada, ni una brizna de hierba, para poder renacer. Pero como eres alguien de gastos moderados, ¿cómo ibas a llegar a la ruina total por tu cuenta? En tu destino la quiebra era necesaria para que llegara la prosperidad. Ese dinero que no pudiste cobrar es como si lo hubieras perdido en un incendio o en un pleito. Pero antes de demandar, piensa: ¿tienes pruebas? Los vecinos que vieron el trato ahora se harán los desentendidos por miedo. Si vas a juicio, ellos gastarán ese dinero sobornando al juzgado y tú perderás; podrías terminar en la cárcel por estafa. Considera esto un "incendio espiritual": perdiste la casa, sí, pero el Cielo ya tomó nota de la injusticia. Cuanto antes te arruines, antes llegará tu verdadera riqueza. Por eso te felicito. ¿Para qué iba a bromear con algo así?

—Si es así —bufó Hong Shiren—, mejor le prendo fuego yo mismo a la casa y termino con esto.
—Eso no funciona —advirtió el señor Zhou—. El destino no se fuerza; se adelanta o se atrasa según la voluntad del Cielo. Deja que las cosas sigan su curso. Lo que perdiste volverá a ti multiplicado. No te pelees por unos pocos cientos de miles.

Aunque dudoso, Hong se calmó un poco. El señor Zhou, viendo su vacilación, se mostró ofendido:
—¡Qué falta de respeto! ¿Cuándo me he equivocado yo? Lo de la fortuna es lo de menos; lo que me importa es mi reputación. Si dices por ahí que fallé, tendremos un problema serio.
Hong guardó silencio y finalmente dijo:
—Preferiría no ser rico con tal de no ser tan pobre ahora mismo.
—Imposible —sentenció el ciego—. Hasta los grandes héroes de la historia pasaron hambre antes de alcanzar la gloria. El Cielo lo tiene todo planeado; no depende de nosotros.

En ese momento entró un nuevo cliente y el señor Zhou se retiró a atenderlo. Hong Shiren le dijo a Zhao:
—Si no fuera porque este hombre siempre acierta, no le creería nada y ya habría ido a buscar a ese tal Zhu. Pero le haré caso al ciego. Me retiro, patrón.
—Yo también —dijo Zhao—. No lo molestemos más.
Salieron sigilosamente y cada uno tomó su camino.

Pasaron cuatro o cinco años. Guisen ya corría por todas partes, siempre vestido con sedas bordadas y mimado en exceso. Como el niño nunca enfermaba, Zhao Zechang creía ciegamente en las promesas del vidente sobre el futuro glorioso de su hijo. Sin embargo, la disciplina brillaba por su ausencia. El niño, adorado como una joya, se volvió caprichoso.

Guisen desarrolló una extraña manía: le encantaba romper vajilla para oír el estruendo. Si no lo dejaban, montaba berrinches insoportables. En lugar de corregirlo con firmeza, sus padres lo dejaban hacer para verlo feliz. En menos de un año, el patio trasero se convirtió en un vertedero de cerámica rota. A Zhao no le importaba el gasto, convencido de que sería una fase pasajera, pero el niño no se detenía.

Un día, Guisen pidió jugar con un jarrón de porcelana roja, una reliquia familiar de más de trescientos años. La criada, temerosa de negarle algo, se lo entregó. Al instante, el jarrón se hizo añicos contra el suelo y el niño rompió a reír. Zhao Zechang, al oír el estrépito, salió corriendo y gritó al ver los restos:
—¡Engendro! ¡Ese jarrón tenía siglos en la familia y lo destruiste como si nada!

La señora Qian salió de su habitación, atraída por las risas del niño. Al ver a su marido regañándolo, soltó una carcajada sarcástica:
—¡Vaya! Pensé que era algo importante. Solo es un jarrón.
—¡Este jarrón valía una fortuna! —replicó Zhao—. ¿No te importa este despilfarro?
—¿Acaso en esta casa no hay cosas más valiosas? —lo desafió ella—. Piensa en los años que pasaste rogando por un hijo. ¿Por qué no convertiste a ese jarrón en tu heredero? Por fin tenemos un niño que nos costó tanto esfuerzo y tú lo regañas por una minucia. Aunque rompiera una fila entera de habitaciones, valdría la pena con tal de verlo contento. ¿Acaso vas a vivir de ese jarrón? Mi hijo es insustituible; no se compra ni con millones. Con ese carácter vas a enfermarlo del susto; si se muere por tu culpa, entonces sí quedarás satisfecho.

Acto seguido, abrazó al niño y le susurró:
—Mi niño bueno, no llores. Tu padre tiene malas intenciones, pero nosotros vamos a portarnos bien para darle rabia. Dime qué quieres, pero ya no llores.
Guisen, animado por el apoyo de su madre, lloró con más fuerza para

manipular la situación. Zhao Zechang, aunque furioso, guardó silencio porque siempre le había tenido miedo a su esposa.
—No lo regañaba —murmuró para suavizar el ambiente—. Solo dije que era una pena que se rompiera algo tan valioso.

—¿Pena? —dijo ella con desdén—. El señor Zhou dijo que nuestro hijo será un gran funcionario; cuando sea grande nos comprará diez jarrones mejores. Si lo regañas por estas tonterías, lo vas a criar miedoso. Ya está roto, ¿qué más quieres?
Zhao recordó las palabras del vidente y se arrepintió de su arrebato. "Fui demasiado impaciente", pensó, y se retiró de la habitación.

Mientras tanto, la señora Qian seguía consolando a Guisen. Para hacerlo reír, tomó dos platos y los rompió frente a él, pero el niño ya no se divertía; ahora exigía romper platos rojos porque el sonido le gustaba más. Desesperada, la señora Qian buscó unas tazas de té rojas que guardaba desde su boda y rompió una frente a él. Al verlo contento, la señora Qian exclamó un "Por Buda" y suspiró aliviada.

CAPITULO 4

Cuando Zhao Guisen rompió la taza roja de su madre, se sintió feliz. En cuestión de días, había destrozado las diez tazas que ella poseía. Pero surgió una particularidad: a partir de ese momento, si no rompía ninguna, todo marchaba bien; pero si rompía una, tenía que ser roja. Si no había tazas rojas en casa, fruncía el ceño, se negaba a comer y no hablaba. La señora Qian, sin saber qué hacer, pero con dinero de sobra, mandó a un criado a la tienda de porcelana de la ciudad para comprar más.

En la provincia de Shandong, que está muy lejos de Jiangxi —de donde provenía la mejor porcelana—, los objetos de cerámica roja eran escasos y carísimos. Pero a la señora Qian, con tal de mantener contento a Guisen, no le importaba el dinero. Enviaba a alguien a comprar a todas las tiendas o les pedía que reservaran lo que llegara. Los tenderos, al darse cuenta, subieron los precios, pero ella pagaba lo que fuera. A Zhao Zechang, aunque le dolía ver el dinero gastado así, por un lado le daba pereza discutir con su mujer, y por otro pensaba que su hijo, destinado a la grandeza, bien merecía esos gastos. Así, prefería hacerse el sordo y el ciego, dejando que hicieran su voluntad.

Pasaron así dos o tres años. Guisen tenía ya ocho años y Zhao Zechang quiso buscarle un maestro que le enseñara a leer y escribir. Le recomendaron a varios: un tal señor Shi, otro llamado Bu y uno de apellido Tong. Como Zhao Zechang no entendía del tema, no se atrevió a decidir por sí mismo y fue a consultar al señor Zhou. Este le dijo que el mejor era el señor Shi, porque su casa quedaba al norte de la suya, y el norte corresponde al elemento agua, que nutre la madera, lo cual sería beneficioso. Así, Zhao Zechang contrató al señor Shi.

El día de la apertura de la escuela, el maestro, al ver que su empleador era un hombre rico, puso empeño en su labor. Pero Guisen era demasiado torpe: aprendía una palabra y olvidaba dos. Además, sus padres lo protegían tanto que no permitían que el maestro fuera estricto, por miedo a hacer sufrir al niño. El maestro, que al principio tenía buenas intenciones, no tuvo más remedio que conformarse con cuidar su empleo y volverse indulgente. Al finalizar el año, cobró sus honorarios y se fue a otra casa. Zhao Zechang contrató a otro maestro y ocurrió lo mismo.

Con tanto cambio, en tres o cuatro años Guisen apenas aprendió unas cuantas palabras. Zhao Zechang, ciego de amor, culpaba a los maestros de no tener conciencia y perjudicar a los alumnos. —Menos mal que mi hijo tiene un buen destino —decía—, porque si no, estos maestros lo habrían arruinado. —Y así, fue dejando de lado el asunto de la educación.

Ese año, Guisen cumplió diez años. Zhao Zechang y su esposa tenían ya sesenta y uno. Con ese motivo, invitaron a varios comensales y a los parientes del clan. La señora Qian nunca había sido apreciada, así que de los parientes solo asistieron los hombres; ninguna mujer. Se acomodaron en la sala principal y sirvieron el vino.

Zhao Zechang comenzó a hablar de asuntos triviales, para luego alabar la apariencia y el excelente destino de su hijo. Mandó pegar en la pared un papel con el análisis astrológico y dijo:
—Ahí lo tienen, para que lo lean y no tenga que explicarlo yo. Esto lo escribió el famoso "Boca de Hierro", el señor Zhou. Es casi un oráculo; nunca se equivoca. No crean que Guisen es solo un niño: algún día nos dará gloria a todos.

Entre los parientes, algunos lo alabaron y otros guardaron silencio. Uno de ellos, llamado Zhao Enpu, que era candidato a los exámenes oficiales y entendía algo de astrología, no pudo contenerse y se acercó a mirar el papel. Era un pliego rojo que detallaba todo el análisis. Decía, entre otras cosas, que Guisen poseía una constitución de gran nobleza, que alcanzaría el más alto rango oficial, que viviría muchos años, que tendría gran fortuna, ocho hijos y que todos sus descendientes serían nobles y ricos.

Zhao Enpu leyó, sonrió y comentó:
—Vaya, qué buena estrella. Hay que reconocer que el señor Zhou tiene talento para inventar. Esto sí que no tiene parangón.
—Es que solo el señor Zhou puede hacer un análisis tan detallado —respondió Zhao Zechang—. Aquí tengo papel y pincel, ¿quieres copiarlo?
—Es muy largo —respondió Enpu—. Copiarlo es mucho trabajo. Ya me doy una idea.
—¿Cómo te vas a acordar de tanto?
—Acordarme no, pero se entiende el punto. Total, con saber que es «bueno», basta.

Zhao Zechang agregó:
—El señor Zhou asegura que nunca se ha equivocado. Ojalá este no sea el primero.
Zhao Enpu preguntó de repente:
—¿Y cómo va con los estudios? ¿Ya ha aprendido algo?
Zhao Zechang, que no esperaba la pregunta, se puso nervioso y respondió a duras penas:
—No le he preguntado al maestro qué lecciones están dando.

El maestro, presente en la mesa, sonrió al oír esto. Movió los labios como si quisiera hablar, pero se contuvo. Zhao Enpu se acercó a él, le preguntó su nombre y Zhao Zechang explicó que era el tutor de su hijo.
—¿Y qué ha aprendido el alumno? —preguntó Enpu—. ¿Ya puede escribir pareados o versos cortos?
El maestro negó con la cabeza, sonrió y no respondió. Zhao Zechang, al notar la situación, se sintió incómodo y exclamó:
—¡Brindemos todos!
Con eso cambió el tema de conversación.

No habían pasado tres rondas de copas cuando la señora Qian apareció con Guisen, lujosamente vestido, para que hiciera una reverencia a su padre y saludara a los tíos y primos. Guisen llegó a la puerta, se quedó parado y se negó a avanzar. Había cumplido diez años y nunca había tratado con extraños. Al ver a tanta gente, se quedó mirando fijamente sin moverse. La vieja criada que lo sostenía lo empujaba, pero él no cedía.

Al ver salir al hijo de Zhao Zechang, la mayoría de los parientes se levantaron a felicitarlo. Unos le ofrecían pipas, otros cacahuates, otros frutas. Entre ellos, uno llamado Zhao Youdao, un hombre atrevido, se acercó a Guisen, le tomó la mano, le tocó la cabeza e intentó cargarlo. Guisen, asustado, soltó un fuerte llanto.

Zhao Zechang, alarmado, ordenó a Youdao que se apartara, mandó al niño al interior y envió tras él varias bandejas de frutas para que lo calmaran. —Si no se calma, que le rompan una taza roja —ordenó.

Todos se sintieron decepcionados. Zhao Youdao también quedó en evidencia. Iba a retirarse con alguna excusa cuando, de repente, oyeron que desde detrás de la pantalla alguien empezaba a insultar. Todos quedaron perplejos. En un instante, la señora Qian apareció gritando:

—¿Quién es ese bastardo que se hace pasar por pariente y viene a mi casa a emborracharse y comer de balde? ¡Debería quedarse callado e irse a hacer la digestión a su casa! ¿Quién le dio permiso para dárselas de tío? Aquí no tenemos tales parientes. ¡Que se larguen todos! Y tengan cuidado: cuando mi hijo sea un alto funcionario, los va a procesar a todos. No les dejará ni el pellejo.

Los parientes se miraron entre sí, desconcertados. Zhao Zechang seguía sentado, con aire indiferente. Zhao Youdao, indignado, respondió:
—Esto sí que es extraño. Nadie lo tocó, nadie le hizo daño. Lloró porque no conoce a los extraños, ¿y qué con eso? Que yo haya sido un poco impulsivo no es para tanto. Su hijo será gobernador o primer ministro, según dictaminó el ciego Zhou. Pero el día que el emperador lo nombre, entonces será verdad. Cuando llegue ese día, estaré listo para que me arranquen el pellejo. Pero mientras tanto, ¿ya piensan cobrar por adelantado?

La señora Qian, furiosa, dio un paso al frente, señaló a Youdao y gritó:
—¡Insolente! ¿Encima te crees con razón? ¿De qué rincón saliste? ¡Fuera de aquí! No necesitamos parientes como tú. Mi hijo será un gran funcionario. Y tipos como ustedes, desgraciados y sinvergüenzas, ¿qué valen? ¿Todavía discutes? ¡Hoy mismo te voy a abofetear!

Los demás parientes, indignados, se levantaron y dijeron:
—Señora, mida sus insultos. No nos meta a todos en el mismo saco. El tercero fue quien le faltó el respeto a su hijo, nosotros no. Hable con claridad. Su hijo aún no es funcionario y, aunque lo fuera, no puede desollar a sus parientes.

La señora Qian respondió con más saña:
—Mi hijo será un gran funcionario. Lo calculó el señor Zhou, ¿acaso él se equivoca? No quiero ofenderlos, pero mírense al espejo; si no tienen uno, un orinal les sirve. ¿Creen que tienen cara de parientes de un alto funcionario? Nosotros, después de mucho esfuerzo, tenemos un buen hijo, y ustedes, en lugar de rendirle honores, lo desprecian. Bien sé que son unos desgraciados de nacimiento que nunca prosperarán. Les digo de una vez: de hoy en adelante, no quiero que crucen mi puerta. No tengo parientes así. Váyanse a lucirse a su propia casa; aquí no tienen asiento.

Todos estaban furiosos. Algunos querían armar un altercado, pero Zhao Enpu los contuvo. Miraron a Zhao Zechang, que parecía un muerto, sin

decir palabra, escuchando como ausente. Se acercaron a él y lo saludaron con sarcasmo. Zhao Zechang apenas pudo balbucear una disculpa, pero no los acompañó a la puerta.

Ya en la calle, los parientes comentaban indignados:
—Sabíamos que esta mujer era deslenguada, pero esto supera todo límite.
—¿Y eso de que su hijo será un alto funcionario? ¿De dónde lo sacó?
—El ciego Zhou le pronosticó buena fortuna y ella se lo creyó todo. ¿No vieron el pliego rojo en la pared? Es su carta astral.
—Por eso habla tanto de que su hijo será funcionario. Son patrañas de Zhou.
—Yo entiendo algo de astrología —intervino Zhao Enpu—, y esa carta astral no es nada buena. Dudo que el muchacho llegue a algo.
—Y otra cosa —dijo otro—, ¿cómo es que esta mujer, con más de cincuenta años, tuvo un hijo? ¿No les parece sospechoso?
—Sí. Dicen que el parto fue facilísimo y a los tres días ya andaba por la casa. Aunque sea robusta, no es normal. Además, no tiene leche. ¿Y si el niño no es suyo? Habrá que investigar. Si encontramos pruebas, los demandaremos por entronizar a un hijo de otro linaje.
—Pero por ahora, dejemos de visitarlos. Ya nos veremos.

En el cruce de caminos, se separaron.

Zhao Zechang se sintió algo incómodo tras la escena, pero le tenía miedo a su esposa. La señora Qian siguió protestando:
—Después del susto, al niño se le puso la cara pálida. ¡Qué desastre! Esos parientes desgraciados no deben volver aquí. Nosotros no dependemos de ellos; ellos dependen de nosotros. Cuanto antes cortemos lazos, mejor. Lo peor fue ese mozo atrevido que se atrevió a contestarme. Nosotros somos una familia de alto rango; no podemos permitir tales insolencias.

Y continuó quejándose mientras Zhao Zechang asentía a todo. Cuando ella calló, trajeron a Guisen y ella se dedicó a entretenerlo. Zhao Zechang ordenó recoger la sala. En el fondo, le apenaba lo ocurrido con sus parientes, pero el temor a su mujer era mayor. Desde ese día, rompieron relaciones con el clan.

Pasaron los años volando. Guisen cumplió trece. Apenas había terminado de leer el San Zi Jing (el Clásico de los Tres Caracteres), y de mala manera. A diario, apenas pasaba una hora en el estudio. El maestro le daba dos frases, las leía unas cuantas veces y, tanto si las aprendía como si no, salía de clase. A los dos días decía que le dolía la cabeza o los pies, y volvía a faltar. El

maestro no decía nada, pues el dueño de casa le tenía prohibido ser estricto. Zhao Zechang repetía que el destino de su hijo era tan brillante que no necesitaba estudiar: cuando llegara el momento, todo lo comprendería por sí solo. El maestro, encantado, se tomaba la vida con calma.

Un día, Zhao Zechang estaba en casa cuando un sirviente entró a decirle:
—Patrón, hay alguien que quiere verlo.
—¿Quién es? —preguntó Zhao.
—No lo sé. No quiso decir su nombre. Dice que usted lo reconocerá en cuanto lo vea.
—¿Cómo es su apariencia?
—Viste harapos, casi como un mendigo.

Zhao Zechang no recordaba a nadie con esas señas. Salió lentamente hacia la puerta. Apenas asomó, oyó que lo llamaban "patrón". Levantó la cabeza, miró con atención y no pudo ocultar su asombro.

CAPITULO 5

Cuando Zhao Zechang llegó a la puerta y vio de quién se trataba, resultó ser Hong Shiren. Vestía una chaqueta de tela azul con dos remiendos en los hombros y los zapatos que llevaba apenas tenían punta; la parte trasera había desaparecido por completo. Zhao Zechang se sintió extrañamente preocupado. Sabía que Hong Shiren había pasado por momentos difíciles en los últimos años. Aunque algunos parientes y amigos lo ayudaban de vez en cuando, ¿cuánto podían darle? Apenas recibía algo, ya lo había gastado. Con el tiempo, todos se habían cansado de él y nadie le hacía caso. Él, ciegamente confiado en las palabras del señor Zhou, había dejado pasar los años sin hacer nada, sin buscar oficio alguno. Ahora se hallaba en la ruina total. Frente a frente, resultaba lamentable verlo tan harapiento.

Hong Shiren dio un paso adelante e hizo una profunda reverencia.
—Patrón, ¿cómo le va? Que siga gozando de buena fortuna —dijo.
—Gracias por tus deseos —respondió Zechang—. ¿Y tú, cómo has estado?

Hong Shiren suspiró profundamente y no dijo más; comenzó a caminar hacia el interior. Zhao Zechang, al ver que pretendía entrar, sintió cierta incomodidad. Pero recordó que el señor Zhou había predicho que Hong Shiren haría fortuna en cualquier momento, así que no quiso ofenderlo. Rápidamente lo detuvo:
—Mejor sentémonos aquí un rato.

El sirviente ya había traído dos banquetas de madera. Zhao Zechang y Hong Shiren se sentaron frente a frente.
—¿Cómo has llegado a este extremo? —preguntó Zhao Zechang.
—Para serle sincero —respondió Hong Shiren—, he caído en la trampa del ciego Zhou. Él me aseguró que, sin duda, haría una fortuna inesperada. Pensé: «Si voy a ser rico, ¿para qué molestarme en hacer otra cosa?». Así que estos últimos años no he movido un dedo para mejorar mi situación. Un año tras otro, todo fue a peor. Ahora, en casa, no solo hemos empeñado y vendido todo, sino que hasta la choza de paja donde vivíamos la he vendido. Vivo en un cobertizo destrozado detrás de las caballerizas. El frío se acerca cada día más y mi mujer está gravemente enferma; parece que no va a sobrevivir. No solo no tengo dinero para medicinas, sino que ni siquiera puedo conseguir las dos comidas del día. Al no tener a nadie más a quien recurrir, he venido a verlo a usted, patrón. ¿Podría prestarme unos miles de

monedas para salir del paso? Si de verdad hago fortuna, se lo devolveré multiplicado por diez.

—Cierto, cierto —dijo Zhao Zechang—. El señor Zhou dijo que tenías que arruinarte hasta quedar sin nada para poder hacer fortuna. Por lo que cuentas, parece que ese momento está cerca. ¿Has vuelto a ver al señor Zhou?
—He ido varias veces —respondió Hong Shiren—. Él sigue con el mismo cuento. Cuando le pedí dinero prestado, me dijo: «No es que no quiera prestarte, es que no quiero retrasar tu buena fortuna». Dígame, ¿qué clase de respuesta es esa? Si es verdad que voy a ser rico, ¿por qué se ha portado tan frío conmigo? Si es mentira, ¿por qué se burla de mí si no tengo ningún resentimiento con él?

—Las predicciones del señor Zhou no fallan —dijo Zhao Zechang—. No te hagas ilusiones tontas. Por tu aspecto, no debe de faltar mucho. El fundador de nuestra familia, mi abuelo, desenterró un tesoro escondido y con eso formó este gran patrimonio. Quizá tú también tengas esa suerte.
—Ojalá —dijo Hong Shiren—, pero yo ya no tengo esas ilusiones. El ciego Zhou dijo que el año jiawu haría mi fortuna. ¿Y el año jiawu no fue el antepasado? ¿En qué momento he tenido la más mínima señal de buena suerte? Cuando fui a preguntarle, dijo que una estrella maléfica se había interpuesto y que quizá se retrasaría dos o tres años. Por eso, cuando comparo sus palabras, me cuesta creerle.

—La suerte del hombre es impredecible —dijo Zhao Zechang, poniéndose de pie—. Quédate aquí un momento, que voy y vuelvo.
—Como guste —asintió Hong Shiren.

Zhao Zechang entró en la casa, cavilando: "Las predicciones del señor Zhou no fallan. Si le doy algo de dinero, en el futuro me lo agradecerá. Pero no puedo pedirle este dinero a mi esposa. Debajo de mi cama tengo ocho mil monedas. Si le doy la mitad, ya es bastante. Ella no tiene por qué enterarse". Decidido, fue a buscarlas.

Mientras tanto, Hong Shiren, viendo que Zhao Zechang había entrado, se puso a charlar con el sirviente en la puerta. De repente, un niño de trece o catorce años se asomó, miró un momento y salió corriendo hacia dentro. El sirviente le gritó:
—¡Señorito, cuidado, no se vaya a caer!

Hong Shiren preguntó:
—¿Es el hijo del patrón?
—Así es —respondió el sirviente—. Este niño... no sabemos en qué irá a parar. El patrón y la señora lo cuidan como si fuera una joya de valor incalculable. A su edad, nunca ha salido a la calle; no sabe nada del mundo exterior ni quiere estudiar. El patrón y la señora creen a pies juntillas en las palabras del ciego Zhou y le conceden todos sus caprichos. Su carácter ya es insoportable. Un día comió un riñón de cerdo y le gustó tanto que preguntó de dónde venía. Su madre se lo explicó y él lo grabó en su mente. Unos días después, fue al corral y quiso cortarles los riñones a los cerdos vivos. Fue imposible hacerlo entrar en razón. Tuvieron que ir corriendo a comprarle un par, pero él insistía en que se los arrancaran a un cerdo en ese mismo instante. Montó un escándalo tal que no tuvieron más remedio que llamar a un matarife, sacrificar a un cerdo, sacarle los riñones y dárselos para que se callara. Era verano y la carne no se conservaba; después de dos comidas, el resto se echó a perder. ¿Se imagina qué clase de temperamento es ese? El patrón a veces quiere disciplinarlo, pero la señora lo defiende a capa y espada.

En ese momento, Zhao Zechang salió con cuatro mil monedas en la mano. El sirviente se apartó para dejarle sitio. Zhao Zechang se sentó y se las entregó a Hong Shiren.
—Hoy has venido a buscarme —dijo—. Debería ayudarte más, pero ya sabes: los ricos tienen grandes dificultades y los pobres tienen las pequeñas. Estos dos años las cosechas han sido regulares y no ando muy desahogado. Sin embargo, haré lo que pueda. Toma esto y úsalo. Es poco para lo que quisiera.

Hong Shiren se levantó rápidamente, hizo una reverencia de agradecimiento, tomó el dinero, se lo echó al hombro y se marchó a su casa. Al llegar, oyó a su mujer gimiendo en la cama. Le preguntó qué le pasaba, pero ella no respondió. Sin saber qué hacer, calentó agua y le dio unos sorbos. Escondió el dinero bajo la estera, apartó unas cuantas monedas para comprar comida y luego corrió a casa del ciego Zhou para que le hiciera un pronóstico sobre la salud de su esposa.

El señor Zhou estaba desocupado. Hong Shiren le explicó el motivo y Zhou le pidió un carácter; Hong Shiren eligió "mao". Zhou recitó su cantinela y luego sentenció:

—Esta adivinación es de "boca roja", muy mala. Si en tres días no empeora, aún hay esperanza.
—¿Hay algún remedio? —preguntó Hong Shiren.
—No —respondió Zhou.

Hong Shiren volvió a casa. Su esposa agonizaba; sus ojos se revolvían sin cesar. Intentó darle agua de nuevo, pero ella ya no abría la boca. Poco después, expiró. Hong Shiren rompió a llorar desconsoladamente. Pensó que, aparte de las pocas monedas que había pedido prestadas, no tenía nada más. Decidió pedirle ayuda al ciego Zhou. Dejó el dinero debajo del cadáver y fue a buscarlo.

—Bien, bien —dijo Zhou al oír la noticia—. Por lo que veo, vas a hacer fortuna de verdad.
Hong Shiren se quedó atónito y replicó:
—Con lo que me ha pasado, ya no hablemos de fortunas. El cadáver está ahí, en la cama. Necesito aunque sea un ataúd barato para enterrarla y no tengo un céntimo. Le pido, por nuestra vieja amistad, que me preste algo para esto. Se lo devolveré.

Al oír esto, el señor Zhou se sonrojó y tartamudeó antes de articular palabra:
—Todo el día tengo que mantener a mi familia con lo poco que gano con mi boca. Apenas nos alcanza para comer. ¿Cómo voy a tener para prestar? Tendrás que buscar otra solución.
—Si tuviera otro recurso, no se lo pediría —insistió Hong Shiren—. Llevamos años conociéndonos. Usted dice que estoy destinado a la riqueza; cuando la tenga, ¿acaso no le pagaré?
—No es eso. Si tuviera de sobra, lo haría. Pero apenas tengo para el día. En cuanto a pagarme, no hace falta ni mencionarlo. Si hablamos de deudas, aunque fueran miles, no temería que me fallaras. Si tú te negaras a pagar, ¿quién pagaría en este mundo?

—Dejemos eso —dijo Hong Shiren—. Pero hoy, si no me ayuda, ¿cómo saldré de esta? ¿Dejaré que el cuerpo se pudra?
—Hagamos esto —propuso Zhou—. Mi gasto diario es de unas dos mil monedas. Si hoy los ingresos superan esa cantidad, te prestaré el resto.
—¡Esto es como pedirle a un médico lento que atienda una urgencia! —exclamó Hong Shiren—. ¿Cómo voy a esperar? ¿Y si hoy no llegas a esa cantidad?
—Entonces no hay nada que hacer —respondió Zhou—. Busca en otra

parte.

Hong Shiren se levantó y salió furioso. Zhou intentó invitarlo a un té, pero él ni respondió. Al llegar a su casa, lloró sobre el cadáver y decidió comprar una estera de junco para envolver el cuerpo. Alargó la mano para sacar el dinero de debajo del cadáver... y no encontró nada. El susto fue mayúsculo.

Su choza era un lugar abierto, sin paredes ni puertas. Mientras Hong Shiren lloraba, un viejo ladrón lo había visto esconder el dinero y, en cuanto se marchó, entró a robarlo. Ahora Hong Shiren no tenía absolutamente nada. Miró el cuerpo inerte y sintió una angustia insoportable.
—Todo esto es culpa del ciego Zhou —pensó con rabia—, por maldecirme con que me arruinaría. Si hubiera buscado trabajo, no estaría así. Él me prometió riqueza y me aconsejó no ir contra los designios del cielo. ¡Qué mala suerte la mía!

Entre más lo pensaba, más gritaba de dolor. Algunos transeúntes, al oír sus lamentos, sintieron compasión y le dieron unas cuantas monedas. Juntaron algo más de dos mil, con lo que pudo comprar dos esteras de junco, envolver el cuerpo y llevarlo al cementerio comunal.

A partir de entonces, Hong Shiren quedó sin ataduras. Vagaba de día y dormía en templos abandonados de noche. Su ropa estaba hecha jirones y el algodón negro asomaba por los remiendos. Al cabo de una semana, el frío y el hambre lo vencieron. Empeñó su chaqueta y luego sus pantalones por unas cuantas monedas que se le fueron en comida. Solo le quedaba una chaquetilla fina y un pantalón roto. Sin nada más que vender, tomó un bastón y una escudilla y se entregó a la vida de pordiosero.

Mientras tanto, Zhao Guisen se había vuelto insoportable. Un día se celebraba la procesión del dios de la ciudad y pidió permiso para salir. Sus padres le asignaron cuatro sirvientes para que lo cuidaran y le dieron monedas para golosinas. Al salir a la calle por primera vez, Guisen sintió que descubría otro mundo. Todo le fascinaba: los malabaristas, los adiestradores de monos y los puestos de comida.

De pronto, vio en un puesto de frutas un gran plato rojo. No pudo resistirse: lo tomó y lo estrelló contra el suelo. Guisen soltó una carcajada. El frutero, enfurecido, lo agarró del brazo:
—¿Qué haces? ¿Por qué me destrozas la mercancía?

Los sirvientes corrieron a disculparse, pero el frutero exigía veinte mil monedas o que le devolvieran el plato intacto. Tras mucho rogar e intermediar los curiosos, acordaron pagar doce mil. Guisen, pálido del susto, no fue regañado por los criados. Pagaron y siguieron adelante.

A pesar del susto, Guisen pedía que le compraran todo lo que veía. De repente, se detuvo ante una apuesta callejera. Le pareció extraño ver cómo el dinero cambiaba de manos.
—¿Qué es esto? —preguntó.
—Es una apuesta, señorito —explicó el sirviente—. El que pierde entrega su dinero al que gana.
—¿Y cómo se sabe quién gana?
—Lanzan tres dados...

Guisen lo encontró divertidísimo y quiso apostar. Como los sirvientes ya no tenían dinero, reunieron unas cuantas monedas entre todos, apostaron y ganaron. Guisen, entusiasmado, pidió apostar todo de nuevo, pero esta vez perdieron.
—No haya resentimiento —dijo el encargado recogiendo el dinero.
Guisen se quedó mirando un buen rato más antes de regresar a casa.

Al día siguiente, mandó comprar dados y empezó a jugar en casa. Primero con las criadas, pero se aburrió porque apostaban poco. Luego llamó a los sirvientes, pero tres días después volvió a fastidiarse.
—¿Hay otras formas de apostar? —preguntó.
—Muchas —respondió un sirviente—. Está el juego de "corre, viejito", que también es entretenido.

Guisen aprendió las reglas, pero pronto se aburrió de nuevo. Él no quería ganar; decía que perder era mucho más interesante. Pero los sirvientes no apostaban fuerte por miedo a arruinarse.
—¿Entonces quién puede perder de verdad? —preguntó Guisen.
—Fuera de casa hay muchos que pueden —respondió el sirviente—. Están el Cuatro Patillas Jiang, el Mortero Shen, el Barbas Han o el Cojo Wei. Son caballeros de gran fortuna. Si ellos vinieran a jugar con usted, eso sí que sería divertido.

Guisen se alegró muchísimo y quiso buscarlos de inmediato para apostar.

CAPITULO 6

Cuando Zhao Guisen oyó al sirviente nombrar a tantas personas que no temían perder dinero, se sintió muy contento. Pero de pronto dudó y dijo:
—Está muy bien que ellos puedan perder dinero, pero ¿cómo van a venir a mi casa?

El sirviente respondió:
—Eso es fácil, señorito. ¿Por qué no va usted a casa de ellos? Usted los visita primero, ellos le devuelven la visita y, cuando se conozcan bien, vendrán una y otra vez.
Guisen asintió, guardó silencio un momento, mandó recoger el juego y se fue a dormir.

Al día siguiente, al levantarse, les dijo a sus padres que quería salir a divertirse. Zhao Zechang volvió a enviar a los sirvientes para que lo acompañaran. En esta salida, Guisen no compró nada ni rompió ningún plato rojo; fue directamente a visitar a las personas que le habían mencionado. Unos lo recibieron y otros no. En cada casa salían los hijos de la familia, algunos un poco mayores que Guisen y otros menores. Charlaron y rieron un rato, y luego regresó a casa. A sus padres les dijo que había ido a visitar a unos amigos. Zhao Zechang le preguntó quiénes eran, pero Guisen no supo decirlo; tuvo que ser el sirviente quien lo explicara. Zechang frunció el ceño, pero no añadió palabra.

En pocos días, fueron llegando uno tras otro: Jiang Zhen, hijo de la familia Jiang; Shen Qing y Shen Cheng, de los Shen; Han Youde y Han Baifu, de los Han; Zhu Zigui, sobrino de los Yang; y Chen Xiguan, hijo de Chen Laosi. Todos devolvieron la visita. La señora Qian, al enterarse, mandó preparar refrigerios y comprar frutas, y ordenó que los sirvientes de cada visitante llevaran obsequios a sus casas. A partir de entonces, ya no hubo tiempo para el estudio. Cada día, o unos venían o él iba.

Llegó el Año Nuevo. El primer día, Guisen visitó a cada familia para las felicitaciones de rigor, y acordaron que al día siguiente él los recibiría. El segundo día, todos acudieron. Tras una breve charla, empezaron a hablar de

apuestas. Eran muchachos de quince o dieciséis años, inexpertos pero entusiastas. Corrieron la mesa y pasaron el día apostando en casa de los Zhao. Guisen ganó más de cien mil monedas y con ello se envició aún más. Como ellos apostaban cantidades grandes —unas mil ochocientas monedas, no como los sirvientes—, el juego era mucho más interesante.

Así pasaron los días hasta después de la Fiesta de los Faroles. Algunos muchachos volvieron a la escuela; otros fueron castigados por sus padres y no los dejaron salir. Solo Zhu Zigui, que no tenía ataduras —y como su tío estaba de viaje—, se volvió aún más desenfrenado. Atraído por el juego, iba a casa de los Zhao a diario. Al ver que el grupo se había reducido y que ansiaba jugar, convenció a Guisen para que abriera una casa de apuestas donde cualquiera pudiera entrar.

Guisen le preguntó cómo funcionaba el negocio y fue a hablar con Zhao Zechang. Su padre se opuso rotundamente:
—El que abre una casa de apuestas lo hace para mantener a su familia. Nosotros tenemos una gran fortuna, comida y ropa de sobra. No necesitas buscarte la vida de esa manera. Deberías estudiar tranquilo. ¿Para qué meterse en tales líos?
—Es solo para matar el aburrimiento —replicó Guisen—, no por ganar dinero. Además, a mí no me gusta ganar.
—Si no quieres ganar —respondió Zechang—, ¿para qué vas a regalar tu dinero? Además, las apuestas son ilegales; el gobierno ha promulgado edictos prohibiéndolas. Nosotros siempre hemos respetado la ley. No lo permito. Cada día estás más insoportable.

Guisen no insistió y fue a convencer a su madre. La señora Qian, con tal de verlo contento, aceptó de inmediato. Guisen le advirtió que su padre se oponía, a lo que ella respondió:
—Está gagá. No es para tanto. Tú hazlo, que yo me encargo.
Guisen, muy animado, corrió a contárselo a Zhu Zigui.

La señora Qian fue a encarar a Zhao Zechang.
—¡Tú también has perdido el juicio! —exclamó él—. Abrir una casa de apuestas es ilegal. No se puede.
La señora Qian puso cara de disgusto:
—Estamos lejos de la ciudad, fuera de las murallas. Los oídos del gobierno no llegan hasta aquí. Además, nuestro hijo será un gran funcionario y, como dice el refrán, "los funcionarios se protegen entre sí". ¿Acaso el magistrado

de Licheng no tendrá consideración? Si uno tiene dinero, no lo ha robado; puede hacer con él lo que quiera. ¿Acaso el gobierno va a vigilar hasta lo que uno hace en el baño?
—Esto traerá mala fama —insistió Zechang—. Si se corre la voz, los alguaciles vendrán a chantajearnos y será un lío mayúsculo.
—¿Lío? —respondió ella—. Si vienen, basta con que nuestro hijo se lo diga al magistrado y asunto concluido.
—Dices disparates. El magistrado no es tan fácil de ver.
—¿Acaso cuando un colega lo visita no lo recibe?
—Los colegas son funcionarios —dijo Zechang.
—¿Y mi hijo no es funcionario? —replicó ella—. Si no lo fuera, ¿acaso el señor Zhou hablaría por hablar?
—Siempre con la misma cantinela: funcionario, funcionario. ¿Acaso ya puede salir con su birrete rojo?
—No me des la tabarra. Que juegue unos días y ya hablaremos. No pasará nada en tan poco tiempo.
—Eso no se sabe. Tenemos enemigos en la familia y el rumor se esparcirá...
La señora Qian, impaciente, sentenció:
—No me importa. Ya he aceptado. Que juegue tres o cinco días. Si no cedes, no te lo perdonaré.

Zhao Zechang, que siempre le había temido, suspiró y se rindió:
—Está bien, está bien. Como quieras.

La señora Qian sabía que las apuestas no eran cosa seria, pero con tal de complacer a su hijo... Tras discutir con Zechang, y sabiendo que le faltaba razón, cambió de tema para disimular:
—Pero bueno, el señor Zhou dijo que nuestro hijo ya debería estar listo para los exámenes oficiales.
Zhao Zechang negó con la cabeza:
—No, no. He empezado a dudar de esas palabras.
—¿Y eso por qué? —preguntó ella.
—Para aprobar hay que saber escribir y tener el cerebro lleno de libros. Guisen no estudia ni sabe nada. Ya tiene quince años; el año próximo tendría que aprobar. ¿Cómo lo logrará? Las predicciones de Zhou han acertado a veces, pero otras han fallado. Dijo que Hong Shiren haría fortuna pronto, y eso fue cuando nació Guisen. En estos años, Hong Shiren se ha vuelto un mendigo. Ya no confío tanto.

—Dices tonterías —respondió ella—. Un mendigo puede hacer fortuna de

repente; mientras no muera, la profecía sigue en pie. Además, me contaste que él mismo aceptó que debía ser mendigo antes de ser rico. Piensa que tú, a los cincuenta, estabas desesperado por un hijo. Cuando él lo predijo, ni tú ni yo lo creímos, y al año siguiente nació el niño. ¿No es un inmortal viviente? Cómo estás de gagá.
—Hablando de eso —dijo Zechang—, a mí Guisen no se me parece ni a ti ni a mí.
La señora Qian se rio:
—Sería raro que se pareciera a nosotros, que somos viejos. Los grandes funcionarios tienen un aspecto noble. Si se pareciera a nosotros, ¿acaso seríamos nobles?
—Su aspecto no es bueno —insistió Zechang.
—¿Y tú cuándo aprendiste a leer rostros?
—No sé leer rostros —respondió Zechang—, pero su voz y sus gestos se parecen a los del tío Min, el que vende tofu. Y ese hombre nunca prosperó.

La señora Qian se puso roja como la grana. El corazón le latía con fuerza y se le secó la boca. Tartamudeó hasta que pudo articular:
—Hay mucha gente que se parece. Pero con que tengan una sola diferencia, la nobleza y la vileza se separan. Además, su nodriza es sobrina de la familia Min y, como dicen, "el sobrino sale al tío". Si se crió con su leche, algo se le habrá pegado.

Cambiando de tema apresuradamente, añadió:
—Dos familias han pedido la mano de nuestro hijo. Una es del año del Tigre y la otra del año de la Cabra. Ambas tienen fortuna. ¿Cuál te parece mejor?
—Las dos son buenas —respondió Zechang—. Elige tú.
—Mejor pidamos al señor Zhou que compare las fechas de nacimiento. Así sabremos cuál es más favorable. Además, haré venir a otro adivino callejero. Si lo que dice coincide con Zhou, entonces él no se equivoca.

En ese momento, sonó el gong en la puerta. La señora Qian salió, llamó a la criada y le dio instrucciones en voz baja. La criada asintió y salió. Poco después, entró con un ciego y lo hizo sentar. La señora Qian le dio la fecha de Guisen e hizo venir a Zechang. El ciego dijo casi lo mismo que Zhou. Luego le pidió comparar las fechas de las muchachas y el hombre dijo que la de la Cabra era mejor. Le pagaron y se retiró.
—Ahora ya no tienes por qué dudar —le dijo ella a su marido.

Entró entonces la casamentera y Zechang se retiró. Tras charlar un rato, la

señora Qian le prometió una respuesta para el día siguiente. Por la noche, cuando vino el señor Zhou, le entregaron las fechas. Él las comparó y sentenció:
—Una es del Tigre y su hijo es Cabra. "Cabrito en boca de tigre"; esa boda es imposible. La otra es Cabra también, pero tiene una estrella peligrosa a los diecinueve años, además de la estrella de la "flor del melocotón" y la de la "escoba de hierro". No traerá prosperidad. Busque otras.
—El señor Zhou siempre es más acertado —halagó la señora Qian—. Otro adivino dijo que la de la Cabra servía, pero no me convencía. Menos mal que usted me sacó de dudas.

Zhou calculó la suerte anual de Guisen y añadió:
—Este año será normal; habrá alguna disputa verbal sin importancia. El año que viene hay exámenes y tendré que beber el vino de celebración.
Zhao Zechang, que escuchaba tras la puerta, salió y dijo:
—Ese vino me temo que no lo beberá. No estudia, ¿cómo va a presentarse?
—Hay una razón —respondió Zhou—. Para aprobar hay cinco condiciones y estudiar es la última: primero el destino, segundo la suerte, tercero el feng shui, cuarto las buenas obras y quinto el estudio. Su hijo tiene las primeras cuatro en grado máximo. No le hace falta estudiar más.
—¿Pero qué escribirá en el examen?
—Como dicen: "En el examen no se discuten los escritos". No se preocupe.

Tras llevar al ciego a su casa, todo quedó listo en el jardín del oeste: mesas, banquetas, pipas de agua y hasta una lámpara de opio. Zhu Zigui ayudó en todo. Esa tarde jugaron diecisiete personas. Guisen perdió ochenta mil monedas; Zhu Zigui ganó veinte onzas de plata. Al día siguiente, la racha de Guisen fue peor y perdió seiscientas mil monedas. Zhu Zigui, temiendo que Guisen se asustara y cerrara el negocio, tomó el relevo y ganó cuatrocientas mil. Tras repartirse las ganancias, Guisen aún debía cuatrocientas mil, que se anotaron en una libreta para saldarlas cada diez días.

Zhao Zechang, aburrido, tomó su bastón y salió a caminar. Apenas se había alejado de la puerta cuando vio a un mendigo sentado en el suelo, con las piernas llenas de llagas y pus, cubriéndose con una estera rota. Zechang pasó de largo, pero una voz lo llamó:
—Patrón Zhao, ¿ya no me reconoce?
Zechang se volvió. El mendigo se puso de pie y, al acercarse, lo reconoció: era Hong Shiren.
—¿Cómo has llegado a este estado? —exclamó.

—El maldito del ciego Zhou me ha arruinado —respondió Hong—. Me engañó diciendo que haría fortuna y me convenció de no hacer nada. Ahora míreme. Fui a verlo y no me dejó entrar; cuando entré a la fuerza, mandó a los mendigos a darme una paliza. Me rompieron las piernas y las heridas supuran. No puedo ni pedir limosna. ¿Cómo está usted? Su hijo ya debe de estar por ser un gran funcionario...

Zhao Zechang suspiró y dio una patada al suelo.
—Tú caíste en su trampa y yo también. Es largo de contar. Hoy no traigo mucho dinero.
Vació su bolsa y le entregó apenas cuarenta monedas.
—Tómalas por ahora. Pero no te acerques a mi puerta; mi hijo está hecho un desastre. Tienes que curarte esas llagas. En la calle del sur, el señor Wang tiene buenos medicamentos.
—Él solo se los da a los ricos —respondió Hong.
—No te preocupes —dijo Zhao Zechang—, ven conmigo.

CAPITULO 7

Cuando Hong Shiren siguió a Zhao Zechang hasta la puerta del Hospital Benevolencia y Longevidad, Zechang le dijo que esperara allí y entró. Los dependientes tras el mostrador lo saludaron:
—Patrón, ¿cómo está usted? ¡Qué bueno verlo!
—Gracias, gracias —respondió Zechang—. ¿Está el señor Wang en casa?
—Sí, señor. Pase usted adentro.
Antes de que terminara de hablar, el señor Wang ya había levantado la cortina de la puerta y salía a recibirlo.
—Patrón, ¿qué le trae por aquí?
—Estoy aburrido —respondió Zechang—. He salido a caminar para entumecer las piernas.
El señor Wang lo invitó a pasar, pero Zechang dijo:
—En realidad, he venido a pedirle un poco de medicina.

Mientras hablaban, Hong Shiren se había arrimado un paso más. Los dependientes le gritaron que se fuera y le arrojaron una moneda pequeña. Hong Shiren, como lo que quería era la medicina, no les hizo caso y ni siquiera recogió la moneda. Se quedó allí plantado. Al oír el alboroto, Zechang dijo a los dependientes:
—No griten. Él ha venido conmigo a pedir medicina. Lo vi con las piernas tan llagadas que no podía caminar, y me dio lástima. Por eso lo he traído para que el señor Wang le dé un poco de medicina para curarse. Así, aunque tenga que mendigar, podrá andar más casas al día.

El señor Wang, al oír que se trataba de dar medicina gratis, puso cara de pocos amigos. A regañadientes dijo:
—Este hombre se lo ha buscado él solo. Debería sufrir las consecuencias. Si nosotros lo curamos, ¿no estaríamos yendo contra los designios del cielo? Le aconsejo, patrón, que no se meta en este lío. Mejor déle unas cuantas monedas y jálelo.
—No es que quiera meterme donde no me llaman —respondió Zechang—. Es que conozco a este hombre de antes, por eso me he atrevido a traerlo. Si el señor Wang no quiere dársela gratis, dígame cuánto vale y yo se lo pagaré.

Entonces el señor Wang cambió de actitud.
—Como usted diga, como usted diga.
Fue a su habitación, cogió dos frascos, echó un poco de polvo en un papel, lo envolvió y se lo arrojó por encima del mostrador, diciendo:
—Que lo mezcle con su propia saliva y se lo ponga en las llagas. Esto es para tres veces. Cuando se acabe, se habrá curado.

Hong Shiren recogió el papel del suelo, le dio las gracias a Zhao Zechang y se fue.
El señor Wang llevó a Zechang a su habitación y se sentaron a charlar. Hablaron de cómo Hong Shiren, en otros tiempos, todavía podía ir tirando, pero en pocos años se había comido todos sus ahorros y, con las desgracias que le habían sucedido, había llegado a ese estado. Era muy penoso.
—Yo también he oído hablar de él —dijo Wang—. Todo el día vagando sin rumbo, sin hacer nada. Las cosas de su casa: una que se comía, otra que vendía. Hasta que no le quedó nada que vender ni empeñar. Teniendo él una juventud como la que tiene, pudiendo dedicarse a cualquier oficio, ¿cómo ha llegado a esto?

Zhao Zechang suspiró.
—No es culpa suya. Todo ha sido por creer las palabras del ciego Zhou. El ciego Zhou le dijo que iba a hacer fortuna, pero que primero tenía que arruinarme por completo. Y él, confiando en esa predicción, se ha pasado el día sin hacer nada. Ahora está en la ruina, y la fortuna no aparece por ninguna parte. Cuando fue a ver al ciego, no solo no le hizo caso, sino que fue a buscar al jefe de los mendigos para que le dieran una buena paliza. Las heridas que tiene en las piernas son de esa paliza; luego se le infectaron y se pudrieron.
—Qué ingenuo —dijo Wang—. ¿Cómo se puede creer en las palabras de un ciego? A veces aciertan uno o dos dichos, pero no se puede confiar en ellos. Además, estos ciegos, unos nacen ciegos, otros se quedan ciegos después. Como no tienen oficio, aprenden este oficio para engañar a la gente. Yo nunca he creído en la adivinación.

Wang continuó:
—He oído que cuando alguien va a consultar a un adivino ciego, lleva siempre un acompañante vidente. Ese acompañante, al ver la apariencia del cliente, le transmite una señal al ciego. Tienen muchas señales. Por ejemplo, cuando fue a consultar el Sr. Jurado Huang, alguien le hizo la señal de "dou", que significa "jurado". Por eso el ciego acertó. Después se supo por

otros del oficio. Luego, cuando reciben la fecha de nacimiento, primero calculan con los dedos. Si el cliente es joven, dividen la hora en tres partes. Si dicen que primero muere el padre y luego la madre, es la primera parte; si primero la madre y luego el padre, la última; si los dos viven, la del medio. Así ya tienen una idea.

—Después te dicen que el destino indica que serás viudo, que debes casarte con alguien mayor o menor. Cuando tú respondes, ya tienen la segunda idea. Luego te dicen si los hermanos te ayudarán o no; cuántos hermanos debes tener según el destino. Cuando tú les dices cuántos tienes, ya tienen la tercera idea. Luego te dicen lo de los hijos: si primero niños y luego niñas, o al revés; si tendrás hijos pronto o tarde. Si te dicen "tardíos" y tú ya los tienes, entonces te salen con que son adoptados o que uno de ellos es heredero de otra rama. Si te dicen que tendrás muchos y tú no los tienes, entonces te responden que es culpa de la mujer. Así ya tienen la cuarta idea. Luego te hablan del estudio: si eres estudiante, te prometen que aprobarás los exámenes; si no estudias, te dicen que te dedicarás al comercio y harás fortuna. Así tienen la mitad del camino recorrido.

—El resto es todo igual. Luego calculan la suerte anual: te dicen que tal mes no es favorable, que tal otro tampoco, y te preguntan si ya tuviste alguna desgracia. Al final, cuando hablan de la duración de la vida, ya no tienen base ninguna. Cuando los rebeldes Taiping se enfrentaban a los oficiales, en un solo día morían miles de personas. ¿Acaso todas tenían que morir ese día según su destino? Si las hubieran hecho calcular a un adivino, no habría acertado ni uno. Además, los antiguos decían que en un día hay doce horas. Si en cada hora nacen doce personas, al mes serían trescientas sesenta, al año cuatro mil trescientas veinte, en diez años cuarenta y tres mil doscientas, en sesenta años veinticinco mil novecientas. Si contamos los años bisiestos, llegamos a trescientas mil personas. El resto, que son millones, comparten el mismo destino. He oído que en China hay cuatrocientos millones de personas. ¿Cómo se calcula eso? ¿Acaso el Rey del Infierno los hace nacer según los cálculos del destino?

—Además, he oído que lo de tener hijos no tiene nada que ver con el destino. Hay mujeres que no pueden tener hijos, y hombres que tampoco. ¿Cómo va a saberlo un ciego si ni los propios interesados lo saben? El ciego Zhou tiene muchas artimañas. También dice que puede enviar memoriales al cielo, montar altares para pedir longevidad. Todo son patrañas. Si tuviera ese poder, ¿por qué no se pide a sí mismo unos ojos nuevos?

Wang continuó:
—Hace tiempo, un maestro Liu fue a consultarle. Zhou le dijo que no aprobaría los exámenes, que incluso tendría desgracias, y que lo mejor sería hacer un ritual para rezar al cielo y cambiar la posición de las estrellas para que aprobara. Pero el maestro Liu no le creyó. Se presentó a los exámenes y aprobó con nota, quedando entre los primeros. Cuando alguien le preguntó a Zhou por qué había fallado, no supo qué decir y acabó achacándolo a que la hora de nacimiento era inexacta.

—Otra vez, una mujer viuda fue a consultarlo. Le dio su fecha de nacimiento y se quedó callada, sin decir media palabra. Zhou, desesperado, no sabía qué inventar y al final, a bulto, le dijo que en tres o cuatro años tendría hijos. La viuda le abofeteó. También conozco a una tal señora Shi. Su hijo llevaba muchos años fuera, y al no tener noticias suyas durante un año, fue a consultar a Zhou. Zhou le dijo que su hijo había muerto. Luego le echó las cartas a ella, y le dijo que ese año tenía predestinada la muerte de un hijo. Y también le echó las cartas a la nuera, y le dijo que ese año estaba predestinada a la muerte del marido. La señora Shi se lo creyó y lloró día y noche. A los tres días, el hijo regresó. El retraso había sido por cuestiones de cobranza.

—Lo peor de todo —dijo Wang, bajando la voz— es que he oído que el ciego Zhou está metido en un asunto turbio. Por la calle del oeste hay un tal Min, el que vendía tofu, que tuvo un hijo y, como temía que no se criara, quería darlo en adopción. Zhou se presentó y le dijo: "Yo conozco una buena familia. Dámelo, pero no vayas a reclamarlo nunca. Si se enteran, nos va a ir mal a todos. Si cumples, te aseguro que no te faltará comida ni abrigo". Min aceptó. Desde entonces, Min vive desahogado, ya no vende tofu. Cuando la gente le pregunta por su hijo, dice que no lo tiene.

Al oír esta historia, Zhao Zechang sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Sintió un zumbido en los oídos y el alma se le fue. Pensó para sus adentros:
—¡Así que la familia de la que habla es la mía! Yo ya me extrañaba de que Guisen se pareciera tanto a Min, ¡resulta que es hijo suyo! ¿Cómo es posible?
No sabía qué hacer. Se quedó pálido, con la frente llena de sudor, en silencio. El señor Wang siguió hablando, pero Zechang no escuchaba. Wang, al verlo en ese estado, le dijo:
—Hoy ha caminado mucho. Se habrá cansado. ¿Quiere tumbarse un rato en

la cama?
Dos veces tuvo que repetírselo hasta que Zechang reaccionó. Sonrió forzadamente:
—Como dice el refrán: "Cuando uno envejece, ya no vale nada". Con tan poco camino, ya me he cansado. Voy a volver a casa a dormir la siesta.

Se levantó. Notó que las piernas le pesaban como miles de kilos. Quiso andar, pero no podía. Tuvo que volver a sentarse. Le pidió a Wang que saliera a avisar al sirviente para que fuera a buscar el carruaje. Wang salió a avisar. Pero en su interior estaba algo inquieto. Se preguntó si el hijo de Min no estaría precisamente en casa de Zechang. Dio una patada en el suelo, pensando:
—¡Qué mal he hecho! Hablar sin cuidado. Si esto se sabe, ¿cómo voy a seguir tratando con esta familia?
Se acercó a Zechang y le dijo:
—Lo que hemos hablado del hijo de Min... eso era de la familia Meng, de la ciudad. Cuando vuelva a casa, no se lo cuente a nadie.
Con esto quería tranquilizarlo. Pero Zechang, con la cabeza llena de pensamientos, apenas escuchó. Vio que Wang le hablaba y asintió para corresponder.

En poco tiempo, el carruaje llegó. Wang mandó a dos hombres para que sacaran a Zechang y lo subieran. Lo acompañó hasta la puerta y lo vio montar. Zechang seguía aturdido. Los dependientes del mostrador lo saludaron, pero él no oyó. Cuando el carruaje llegó a su casa, bajó sin ayuda, cogió su bastón y entró.
Guisen estaba en plena partida de dados. Zhao Zechang fue directamente al jardín del oeste y levantó el bastón para golpear a Guisen en la cabeza. Guisen esquivó. Entonces Zechang, con el bastón, barrió la mesa, tirando al suelo los cubiletes y las tazas, haciéndolos añicos. Solo alcanzó a gritar "¡bastardo!" y, tras dos resoplidos, se desplomó en el suelo.

La señora Qian, al oír los gritos, salió hecha una furia. Guisen había entrado corriendo a contarle lo que pasaba.
—¡Voy a matar a este viejo inservible! —gritó ella, agarrando el cerrojo de la puerta.
Pero en cuanto entró en la habitación y vio a Zechang en el suelo, con la cara amarilla y los labios blancos, se quedó sin fuerzas.
—¿Qué ha pasado? ¿Se ha hecho daño pegando? —preguntó.
—Señora, ayúdenos a llevarlo a la cama —dijeron los sirvientes.

La señora Qian lo tocó: la frente le ardía, las manos estaban heladas.
—¿Cómo ha llegado a este estado? —preguntó.
—Puede que haya sido un mal de ojo —respondió un sirviente—. Aquí no está bien. Es mejor llevarlo adentro.

Los amigos del juego, viendo el cariz que tomaba la cosa, se habían escabullido casi todos. Algunos se quedaron para ayudar. Levantaron a Zechang en vilo, lo llevaron al interior y lo tendieron en la cama. Mientras unos iban a buscar al médico, otros iban a buscar al ciego Zhou para que averiguara qué espíritu maligno lo había poseído. El médico llegó enseguida, tomó el pulso, frunció el ceño y salió.
—El pulso del hígado indica un mal incurable. No sé qué le ha pasado, pero la cólera le ha dañado el corazón. Para poder recetarle algo, antes hay que sacarlo de esa cólera. Si sigue así, no creo que pase de tres días.

La señora Qian se asustó. En ese momento, el ciego Zhou llegó. Ella le contó lo sucedido y le pidió que hiciera un cálculo. Zhou dijo que con diez pliegos de papel amarillo, quemados y enviados a diez pasos hacia el suroeste, podría mejorar. Pero Zechang, aunque tenía la respiración entrecortada, estaba lúcido. Oía lo que decían. Cuando oyó que Zhou echaba las cartas, dio un salto en la cama, agarró su bastón y salió disparado. La señora Qian y los sirvientes intentaron detenerlo, pero él, con una fuerza impresionante, se les escapó y se abalanzó sobre Zhou, golpeándole con el bastón en plena cabeza. Entre todos lo sujetaron. Zechang dio un suspiro y cayó hacia atrás. Cuando se acercaron, ya había muerto.

A Zhou le dio tiempo a recibir un par de bastonazos. Iba a protestar, pero cuando oyó que Zechang había muerto, se quedó helado. Aprovechando el alboroto, salió a hurtadillas, sin esperar siquiera al carruaje, y echó a correr apoyado en su acompañante. Intentaron reanimarlo, pero fue inútil. La señora Qian rompió a llorar. Llamaron a Guisen, que estaba ocupado con la colecta de dinero. Al rato, entró e hizo aspavientos. Los jugadores, viendo el follón, se escabulleron. La señora Qian mandó al administrador a comprar el ataúd.
—¿Hay que avisar a los parientes? —preguntó un sirviente.
—No los necesito —respondió ella.
—Realmente hay que avisar —insistió el sirviente—, que vengan o no, es su problema.

La señora Qian no dijo nada. Guisen, por su parte, no se preocupó de nada.

Una vez puesto el ataúd en la sala principal, se eligió la fecha del entierro. La eligió Zhou, por supuesto. Los parientes, ni uno solo vino. La señora Qian volvió a maldecirlos.
—Cuando mi hijo sea funcionario, esos sinvergüenzas no van a tener cara para presentarse. Entonces sí que se van a enterar de lo que vale la pena tener miedo.
Pasado el entierro, Guisen volvió al jardín del oeste a jugar. Día y noche. En menos de dos meses, había perdido más de dos mil monedas. A la señora Qian le dolía en el alma, pero no se atrevía a decirlo. Todos los días pagaba. Como en casa de los Zhao se jugaba de firme y sin regateos —y la voz se había corrido—, cada vez venía más gente. Hasta que llegó a oídos del magistrado de Licheng.

Una noche, siendo el diecinueve de abril, pasadas las tres de la madrugada, cuando la partida estaba en pleno apogeo, de repente oyeron un grito en la puerta. Decenas de agentes irrumpieron y, sin mediar palabra, fueron deteniendo a todos. Guisen, aterrorizado, quiso escapar hacia la parte trasera, pero un agente de cara amarilla lo derribó. Entre gritos y alboroto, unos lograron escabullirse entre la multitud; los que no, fueron atados por las trenzas. Llevaron a los detenidos a la puerta, donde un funcionario de rango, sentado en un taburete, preguntó con acento de la capital:
—¿Están todos?
—Sí, señor.
—Llévenlos a la oficina del gobierno para interrogarles.
Sacó un sello para clausurar la casa, pero un agente se arrodilló y dijo:
—Señor, en la parte trasera viven mujeres.
El funcionario no insistió. Montó en su silla de manos y, entre faroles y antorchas, se llevó a los detenidos de vuelta a la ciudad.

CAPITULO 8

La señora Qian, quien se encontraba atrás, al escuchar que las autoridades venían a arrestar a los jugadores, se estremeció de miedo de pies a cabeza y no fue capaz ni de pronunciar palabra. Fue la madre de Zhu Zigui, la más experimentada, quien reaccionó con rapidez y dijo:

—Señora, no llores. Es probable que incluso sellen la casa. Iré a buscar a alguien y pensaré en una solución. El jefe del destacamento es pariente mío; no sé si habrá venido con ellos. Iré a ver, y si está presente, le pediré que nos ayude.

Dicho esto, salió. Poco después regresó y dijo:
—No van a sellar la casa, pero al joven amo se lo han llevado a la ciudad.

La señora Qian se alarmó profundamente y mandó de inmediato a alguien a averiguar noticias. Sin embargo, las puertas de la ciudad ya estaban cerradas y nadie pudo entrar. La señora estaba tan angustiada como hormiga sobre una plancha caliente: sentía ansiedad y dolor al mismo tiempo, y lloraba inconsolablemente.

Al amanecer, cuando pensaba enviar de nuevo a alguien a preguntar, vio de repente a Guisen entrar. Al verlo, sintió como si hubiera recuperado un tesoro. Lo sujetó con fuerza y lo abrazó, mientras las lágrimas caían como perlas rotas, y apenas pudo decir entre sollozos:
—Hijo, ¿te asustaron?

Guisen se soltó y respondió:
—No pasó nada. A los demás les pusieron grilletes, pero a mí solo me exigen pagar tres mil cuerdas de monedas para reparar el templo de Confucio. Si entrego el dinero en tres días, no habrá problema.

La señora respondió:
—Menos mal… como dicen, los funcionarios se protegen entre sí. Pero

reunir tres mil cuerdas de inmediato en casa no será fácil. Llamemos al administrador principal y veamos qué se puede hacer.

Guisen insistió en la urgencia. Llamaron al administrador, quien al principio puso excusas, pero finalmente accedió a empeñar un local comercial para obtener el dinero. Ese administrador vivía en la ciudad y manejaba una próspera casa de plata. Sin embargo, en los últimos días Guisen había perdido grandes sumas en el juego, retirando miles de monedas. La liquidez ya era escasa, y el administrador, temiendo pérdidas mayores, decidió retirarse tras el incidente.

Guisen entonces propuso ir a vivir al negocio para supervisarlo. La señora, temerosa de que en casa causara problemas, aceptó. Así, Guisen se instaló allí. Pero pronto los antiguos compañeros de juego comenzaron a exigir dinero, seguidos por funcionarios corruptos que también lo extorsionaron. Los gastos se acumularon y las finanzas se deterioraron rápidamente. Cuando se sentía frustrado, Guisen recitaba las predicciones que el ciego Zhou le había hecho, tratando de consolarse, murmurando que no podían estar equivocadas.

Sin embargo, sin compañeros de juego en la tienda, empezó a aburrirse. Algunos empleados astutos lo llevaron a pasear y, poco a poco, lo introdujeron en ambientes de diversión y vicio. Guisen cayó en ellos y dejó de atender el negocio. En apenas cinco meses, las pérdidas superaron las treinta mil onzas de plata. Al comenzar el nuevo año, la tienda necesitó más capital. Guisen convenció a su madre de venderla, argumentando que ya no era rentable. La señora, sin entender bien la situación, aceptó. El negocio fue vendido y Guisen recibió dinero en efectivo, lo que solo alimentó más su derroche.

Gastaba sin medida, especialmente en las casas de flores, que resultaban ser un pozo sin fondo. En poco tiempo, el dinero desapareció casi por completo y su reputación como derrochador se extendió por todas partes. Mientras tanto, la señora empezó a sospechar, pero no comprendía la gravedad. Fue a consultar nuevamente al adivino, solo para descubrir que había muerto violentamente por el bastonazo de Zechang. Esto la hizo dudar de todo lo que él había predicho.

Al regresar, encontró más problemas: deudas y gastos imprevistos; finalmente, descubrió que Guisen había vendido o hipotecado casi todas las

propiedades familiares. La angustia la consumió. No podía comer ni dormir, y su salud se deterioró. Aun así, mantenía una leve esperanza de que Guisen cambiara. Pero un día descubrió que incluso la casa ancestral había sido empeñada. Entonces perdió toda esperanza.

Desde ese momento, comenzó a rezar diariamente pidiendo la muerte. Poco después enfermó gravemente. Rechazó médicos y medicinas. Cuando llamaron a Guisen, él mostró indiferencia y se marchó de nuevo. En sus últimos momentos, la señora recordó el secreto: Guisen no era su verdadero hijo, sino un niño obtenido de Min el del tofu tras seguir los consejos del ciego. Había creído ciegamente en predicciones de grandeza y por eso lo consintió en exceso. Ahora lamentaba profundamente su error.

Murió poco después, tras una breve lucidez final. Tras su muerte, surgieron disputas de los parientes Zhao, y se esparció la verdad sobre el origen de Guisen. Él fue expulsado del linaje y la fortuna familiar quedó completamente destruida. Guisen, sin recursos ni hogar, terminó abandonado y despreciado. Su destino final resultaba fácil de imaginar.